


Arturo Torres Rioseco

## Panorama en miniatura de las letras hispanoamericanas

 PARA el que recibe, como el autor de este diminuto ensayo, dos o tres libros de Hispanoamérica diariamente, el panorama literario de esos países es enorme y variado. Argentina parece ser la tierra más fértil, pues a los libros de amena literatura se agregan otros de historia, sociología, antropología, ciencias políticas y sociales, educación, etc. Parece increíble que, mientras Argentina produce los primeros hombres de ciencia del continente, el personaje favorito de su mejor obra novelística sea el gaucho, Martín Fierro o Segundo Sombra, según las preferencias del autor. Buenos Aires, con más de dos millones de habitantes, devora libros de todas clases y en todos los idiomas.

Uruguay, separado apenas por el Río de la Plata, no quiere ser provincia argentina. Un fuerte orgullo nacional tiende a separar a Montevideo de Buenos Aires, más de lo que sus orígenes comunes harían esperar. Montevideo, ciudad de poetas, de filósofos y de

estetas, se mantiene a la defensiva, no sea que algún argentino quiera proclamar el triunfo de la cantidad sobre la calidad. Algunos de sus escritores jóvenes, de puros cosmopolitas y modernos, escriben en francés y publican raros libros en París.

Paraguay y Bolivia han convertido sus editoriales y sus imprentas en depósitos de armas y en cuarteles. Pueblos heroicos ambos, según el decir de sus respectivos historiadores, transforman el plomo de los tipos en balas y el papel en pólvora y continúan la epopeya colonial en las inhospitalarias regiones del Chaco. ¿Será ésta la última página de la tragedia de América? ¡Hay algo monstruosamente incongruente en el hecho de que indios semidesnudos y bárbaros se estén asesinando con tanques, ametralladoras, aeroplanos y gases!

Chile empieza a dejar en paz a sus héroes, sus presidentes, sus padres de la patria. Ya no se escriben historias de Chile en veinte volúmenes. ¿Será que se ha agotado el tema histórico? Sus novelistas, sin embargo, han descubierto al roto y cada novela que sale trae nuevas versiones de la psicología de estos humildes tipos, ya sea en la pampa, en las grandes ciudades o en los bosques del sur.

El Perú, en cambio, ha descubierto al indio. Los hijos del sol se multiplican en las obras de estos últimos diez años. Literatura autóctona gritan por todas partes y los nuevos empiezan a llamar burgués a ese viejo extraordinario que se llamó Ricardo Palma y que enriqueció las letras de todo el continente con sus *T r a d i*

ciones. Escritores de izquierda todos, se han hecho peligrosos al nuevo dictador y andan escondidos en provincias o miran el vuelo de las gaviotas desde la prisión del Callao.

El Ecuador, que nos tenía acostumbrados a esos poetas tropicales robustos y fragorosos, se moderniza. Sus novelistas contemporáneos leen a Proust y a James Joyce y a veces les imitan.

Venezuela duerme a la sombra de su dictadura. Sus literatos hace ya tiempo que han huído a España, a Chile, al Canadá. Cuando uno tiene veinte años puede vanagloriarse de escribir sonetos en los muros de la cárcel; para un hombre maduro el sitio es demasiado incómodo.

Colombia es la patria de los grandes hablistas. Oraciones fúnebres, discursos académicos, pulcros sermones, han salido de esas plumas; poetas clásicos y parnasianos mantienen allí la tradición de Fray Luis de León. Pero en el rebaño eucarístico han nacido dos ovejas negras: Luis Carlos López, poeta de barberos y de alcaldes municipales, comefrailes y burlón; José Eustasio Rivera, abandonando la pureza académica, nos da en su *Vorágine* una de las novelas más auténticas del arte americano.

Panamá pierde su personalidad racial, gracias a la influencia norteamericana; se higieniza, se pasteuriza. Se habla allí inglés y hay iglesias protestantes. La gente joven se olvida de la poesía para beber cocktails en el Club de la Unión y jugar golf.

México es en sí una novela. ¿Novela sin novelistas? Acaso. Pancho Villa se convierte en héroe, en Robin Hood, romántico como Byron, más fuerte que Tarzán. Su nombre anda en corrillos, romances, dramas, novelas y películas. Ya Madero es un hombrecito a su lado, Porfirio Díaz, un león de museo, Juárez un fantasma. Villa es la realidad, México revolucionario. Desde *Los de Abajo*, de Azuela hasta *Ciudadanos*, armados de Manuel de la Peña, ¿cuántas novelas de la revolución?

Centro América ya no produce Daríos. Ocupada en hacer caminos y en cultivar café y bananas está sorda a las voces interiores. Sólo Costa Rica se sigue enorgulleciendo de tener más maestros que soldados. ¿También más poetas? No olvidemos que en San José se publica el *Repertorio americano*, la mejor revista literaria del continente.

Cuba busca desesperadamente su expresión. Por un lado le sonríe la Rusia soviética, por otro Uncle Sam la mira ceñudo. El país se entretiene los días domingos con el ruido de las bombas. Los ensayos sociológicos y políticos reemplazan a los libros de versos. Cuba ha vuelto a los días turbulentos de Heredia y de Martí. Sus intelectuales revelan que en los países pequeños hay problemas mucho más importantes que el cultivo del azúcar.

Por dos líneas paralelas, que a veces se juntan, avanza la literatura hispanoamericana. En la lírica unos ensayan el motivo indígena; otros son poetas de vanguar-

dia. Basta que uno hable del vértice de la noche, de los gallos que agujerean con sus cantos el alba, de los grandes lebreles transatlánticos, de hélices dormidas como pájaros, para que adquiriera ciudadanía en la república lírica. Algunos vanguardistas atrevidos escriben sus nombres con minúscula.

En la novela está la mejor expresión hispanoamericana del momento. Novelas de la tierra, agrarias, revolucionarias en tema y forma, tales como *Doña Bárbara*, *Los de Abajo*, *La Vorágine*; novelas poemáticas, de técnica muy moderna, como *Don Segundo Sombra*; novelas de vanguardia: *Margara de Niebla*; novelas de la vida gaucha verdadera: *El romance de un gaucho*, *Los Caranchos de la Florida*; novelas del novecientos: *Escenas de las guerras del Paraguay*; novelas populares: *Desierto de Piedra*, *Flor de Durazno*.

En el drama estamos muy pobres. De Florencio Sánchez acá se ha hecho muy poco. Los jovencitos intelectuales traducen y representan a Pirandello y a O'Neill. Las señoras cincuentonas gustan de Echegaray y de Rostand. Horteras y estudiantes se desviven por las comedias de los hermanos Quintero. Hay buenos dramaturgos en América, pero no se representan porque el público prefiere el género chico y las películas de Hollywood.

Ultimamente, la literatura norteamericana se ha puesto de moda en nuestros países: Sinclair Lewis, Ander-

son, Dreiser, Hemingway. Allá creen que el escritor más grande de los Estados Unidos es Waldo Frank. Este escritor tiene más lectores en los países de habla española que en su propia patria.

La literatura se vive en la América hispana; a veces es un sacrificio y un martirio. Antes de saber escribir hacemos sonetos; nos quedamos sin comer para asistir a una representación dramática. Seguimos fieles a la España del Lazarillo y de Quevedo. Ya lo dijo nuestro Rubén Darío: «Románticos somos».